

RELEYENDO *EL CRITICÓN* NOTAS Y ANOTACIONES AL FILO DE LA TRADUCCIÓN

BENITO PELEGRÍN

Profesor emérito de la Université de Provence I

I. OBSERVACIONES

1. REPAROS

LA TRADUCCIÓN ES UN EJERCICIO acutísimo ya que pone en evidencia logros y fallos en ambas lenguas y a veces resulta peligroso para las obras que se traducen, que no siempre resisten al análisis crítico que supone ese filtro externo, sobre todo cuando se mira con la lupa de una lengua tan rígida (su límite malo) y tan lógica (su exigencia mejor) como el francés.

Si no me ocurrió con todos los tratados de Gracián que traduje, esmerados y pulidos, tal vez sí con partes de *Agudeza y Arte de Ingenio* que pecan contra la coherencia teórica, ya notada por sus estudiosos como Mercedes Blanco, debido acaso a esa voluntad de Gracián, no siempre controlada, de ensanchar su obra con respecto a *Arte de Ingenio*, ahogando la nitidez teórica bajo la avalancha no siempre bien justificada de ejemplos muchas veces larguísimos y repetitivos.

En 1979, después de mi traducción del *Oráculo* el año anterior, cuando publiqué en *Poétique* parte de la introducción a mi traducción a *Agudeza y Arte de Ingenio* (algunos capítulos salieron en la revista *Le Promeneur*, Gallimard), no existían estudios, al menos retóricos o lingüísticos, sobre la *Agudeza*. No me costó poco trabajo mi intento de sacar un sistema coherente de ese tratado y me apoyé sobre la única versión entonces existente de *Arte de Ingenio* menos frondoso.

Lo mismo pasa en algo con el *Criticón*, que ya averigüé en 1993 cuando publiqué parte de mi traducción.¹ Me parece que estriban mis reparos en lo que pasó con la

¹ *Le Criticon*, Nantes: 1993, Le Passeur-Cecofop, 158 págs. Tuvo dos ediciones el mismo año.

Agudeza. En su novela, de dos partes, Gracián hizo tres y, si no hace tris, me parece, a veces que, al querer hacer más, hace menos. Es decir que no evita repeticiones de situaciones, de frases, de palabras, de juegos verbales. Lo que, con la lectura tensa que supone la traducción, acusa la estructura de sí repetitiva de la novela.

2. REPETICIONES

Cada crisis, aparte de la primera pero que tiene de hecho su principio en el final de la última, ya que el autor invita a que el lector vuelva a hacer el viaje de la vida, otra lectura de ese libro de la vida, tiene la misma organización interna: un apólogo, una fábula, una parábola, una alegoría, un cuento, que a continuación va a ser mecánicamente ilustrado por lo que les pase a Critilo y Andrenio, situación las más veces enigmática explicada por un guía providencial y luego, este ejemplo y escarmiento sigue también exployado sistemáticamente por un hormiguelo de gentes siempre de los mismos estratos y categorías: mujeres, maridos, nobles, prelados, soldados, letrados, jueces, médicos, mecánicos, sastres, ricos, pobres, hipócritas, ingenuos, necios, y de varias naciones. El conflicto o enredo nunca se resuelve en la misma crisis y el desenlace siempre se remite para la siguiente con casi la misma fórmula ritual: “promete referir la siguiente crisis”, con pocas variantes. Las reacciones de Critilo y Andrenio, sin sorpresa, son uniformemente de mismo tipo, ingenuas en el segundo, fácil y falible, prudentes y moralizadoras en el mentor, y los guías no escapan a esa uniformidad en sus fórmulas interlocutivas.

Los diálogos, que son un acierto indudable por su ligereza, su concisión, su rapidez teatral, de los cuales no conozco otro ejemplo en novelas de su tiempo, y menos en Francia, pecan en cambio por la monotonía repetitiva de sus fórmulas: “dijo, contestó, replicó, ponderó”, pocas veces “exclamó”. Elípticamente: “Él”, “Y él” introducen económicamente a los interlocutores que contestan. Muchos personajes, irónicamente, le dirán, al equivocado Andrenio: “¡Qué bien lo entiendes!”

3. SIMETRÍAS

Esos son los escollos tediosos con que se enfrenta el lector de la novela. En cambio, el estudioso, puede poner la mira en tan admirable como sutil arquitectura y “arquitectura” de la obra, tan inaprensible a veces que pasaron desapercibidas de la crítica que achacó descuidos al autor antes que poner en tela de juicio su propia lectora distraída.

Así, con una atención maniática al texto, en los doce años de mi doctorado, puse de manifiesto las estructuras, las simetría, los ecos verbales a veces vertiginosos, la coherencia geográfica y alegórica, el dominio extraordinario de Gracián, que tenían sentido en su *Criticón*. Así esta frase de la crisis I, III: “el mismo fin es un principio” que sugiere el funcionamiento de la novela.

Otra simetría también me parece sintomática. En “el Golfo cortesano” (I, XI), en una librería, comprando Critilo un libro para navegar en la Corte, una guía, le proponen *El Galateo cortesano* y surge del mismo texto, al instante, un guía que se llama el Cortesano que lo va a explicar al revés. Se ha notado que se trata del *Galateo español* de Lucas Gracián Dantisco, una traducción adaptada del famoso *Galateo* de Giovanni della Casa (1558) y se ha subrayado que Gracián fusiona el título con *El Cortesano* de Castiglione. Hace pues, un *injerto* de español con italiano. Esto remite a la crisis (III, IX, alabanza de Roma) en que a los viajeros, en la corte total que es Roma, se les ofrece un “Cortesano viejo”, “español inserto en italiano”, que podría ser un homenaje al mismo Baltasar de Castiglione que murió en España. Vemos así ese pensamiento dominado a tres tomos y siete años de distancia, sin olvidar tal vez el malicioso juego implícito con su propio nombre, lo que ya hiciera con el príncipe *Baltasar* Carlos: Baltasar por Baltasar, Gracián, desde su *Discreto*, el nuevo *Cortesano*, aunque más civil, cívico, que realmente cortesano, es el nuevo Castiglione con su modélico libro de modales. Que realmente se impondrá en Europa, renovando y descartando al modelo viejo.

Esos logros resaltados entre muchos que evidencié, me permite afirmar con todo mi amor a Gracián que hay contradicciones, ripios y repeticiones, que sin añadir, quitan. Al principio, en el primer tomo de la novela, me parecen pocos.

4. CONTRADICCIONES

De los *Mellizos de la Fortuna* (I, XI) escribe que tienen “condiciones y propiedades muy conformes a sus caras, como suele acontecer”. Tres crisis antes (I, VIII), el mundo entero anda enmascarado al revés de lo que uno es y, a continuación, el *Galateo* al revés indica la urgencia de la primera regla de mirar a la cara al interlocutor para leerle “el alma.” Otras afirmaciones que adecuan cuerpo tuerto, doblgado y alma doble y torcida infringen también esa abrumadora ley, en toda su obra, del disimulo universal y de la contrariedad entre parecer y ser.

5. OTRAS REPETICIONES

En la crisis I, VIII: casi una página sobre la necesidad de tener más de dos ojos, que se repite en toda una crisis II, I cuyo rebatido tema es el “Argos moral” cubierto de ojos de pies a cabeza. Pero se podría pensar que es, como muchas veces, el preludeo de un tema que va a desarrollar en adelante, pero que aquí viene bastante desflorado.

Pero esas repeticiones, se dan sobre todo en la Segunda parte y, en la Tercera, donde sobreabundan a veces al interior de una misma crisis. Así, en *La rueda del Tiempo* (III, X) habla de las mudanzas de las palabras, de los modos de hablar (partiendo de las *Partidas*, de “fillo, fijo, hijo, gixo”) a lo andaluz (“sucediendo lo mismo en las palabras que en los sombreros”) y vuelve al tema de la evolución y degradación

de la lengua como cinco páginas después, con la mudanza de la letra gótica a la romana, criticando los nuevos modos y modas de predicar (en contradicción exacta con sus teorías de la *Agudeza*). Una página interesante pero que podía haberse unificado con la primera. Lo mismo pasa en la última crisis, por ejemplo con consideraciones ya muy repetidas sobre la herejía, Enrique VIII, que vuelven a aparecer en la penúltima página. Esas repeticiones dan muchas veces una penosa impresión de que, finalmente, no se avanza en el camino de la vida, en esa novela andariega, en que las situaciones, las acciones y reacciones de los personajes se repiten de manera muy poco variada.

Son pocos ejemplos esos entre los muchos que apunté. Lo digo, porque, a pesar de la irritación que pueden ocasionar tantas repeticiones y la perplejidad en el momento de presentar esta obra a un público francés, cuya cultura y críticas literarias, siempre censuraron la repetición, es conmovedor para mí, pese a ese problema estético que presenta. Se siente que Gracián está cansado, que pierde su control,² parece a veces como si escribiera a vuela pluma y se nota tal vez un deseo apremiante de terminar a toda costa la novela que tanto le costó. Me suena desgarradora esta misma confesión en la nota “Al que leyere” de la última parte:

“Confieso que hubiera sido mayor acierto el no emprender esta obra, pero no lo fuera ya en no acabarla. Eche el sello esta tercera parte a las otras.”

Y sello al destino de Gracián, que sacrificó la tranquilidad de la vida de Baltasar, el jesuita, a la vida eterna de Lorenzo, el escritor.

II. PRECISIONES Y NOTAS NUEVAS

Pasemos a las precisiones y a las notas que, amén de todas aquéllas que ya dejé plasmadas en mis trabajos, se me ofrecieron a raíz de la lectura intensa que supone la traducción. Trabajé consultando las ediciones anotadas siguientes del *Criticón*, que todas parten de la fundamental de Romera-Navarro, cuyas notas repiten:

Arturo el Hoyo (Aguilar, 1960), Antonio Prieto (Iter ediciones, 1970), Correa-Calderón (Clásicos castellanos, 1971) Santos Alonso (Cátedra, 1980) Elena Cantarino (Espasa Calpe, “Austral”, 1998). También utilicé la revista *Criticón* (Toulouse), 43, 1988, pp.189-245, que sacó “Trescientas notas para una mejor comprensión literal del *Criticón* (segunda y tercera parte)”,³ corrigiendo, discutiendo las notas de Romera-Navarro (RN) y de Correa-Calderón (CC), proponiendo y añadiendo otras. No repito, pues, aquí todas aquellas notas y correcciones que se discurren de

² También el equipo de la revista *Criticón* nota flojedades, incoherencias, descuidos en la novela en las Partes II y III.

³ Equipo dirigido por el Prof. Robert Jammes que estaba en posesión de mi tesis doctoral inédita que le dejé prestada para los cursos de oposiciones sobre *El Criticón* de 1985-86.

mi Doctorado de Estado⁴ y de mis libros, ni las que atañan a fuentes nuevas que aclaré,⁵ ni otras notas puntuales, ni las que conciernen la fundamental geografía de la novela de Gracián que resalté, alegórica pero exacta, que hoy se admite, según consta no sólo en la amplio artículo que Alain Milhou⁶ publicó a continuación de mis trabajos sino en muchos otros, como en el mismo equipo de la revista *Criticón* mencionada arriba.

1. NOTAS AL HILO DE LAS CRISIS

a) “Museo del Discreto” (II, IV)

Nada más vuelvo a tocar la localización del “Museo del Discreto” por un documento nuevo que hallé. La lógica geográfica que destaqué en la novela sitúa naturalmente esta crisi en Francia, y precisamente en Toulouse: los dos peregrinos venciendo las “asperezas del Pirineo”, los montes de Aspe por “agudeza nominal”, camino de Huesca a Toulouse, me permitió localizar este episodio en la casa famosa del erudito discreto, tan alabado por el jesuita, François Filhol, hebdomadario de la catedral. El *Diseño de la insigne i copiosa Bibliotheca de Francesco Filhol y de la casa* (Huesca, 1644), por Juan Francisco Andrés de Uztarroz, amigo de Gracián y censor de esta Parte del *Criticón*, me permitió también comprobar que el jesuita se inspiró de esta descripción. Lo nuevo que puedo aducir es que el texto del aragonés Uztarroz, parece fuera una traducción ya que el mismo Filhol estableció una descripción de su “culto museo” para Gaston d’Orléans, el “Duque de Orliéns”, probablemente cuando el viaje de éste a España⁷ en casa de Lastanosa: *Abrégé des curieuses recherches de François Filhol*.

⁴ Benito Pelegrín, *De la géographie allégorique du “Criticón” à l’espace jésuitique de Baltasar Gracián. Etudes d’endocritique*, Bordeaux, 1982, 1023 + LXII págs.; *Le Fil perdu du Criticón de Baltasar Gracián: objectif Port-Royal*, PUF, Aix-en-Provence, 1984, 305 págs.; *Éthique et esthétique du baroque. L’espace jésuitique de Baltasar Gracián*, Actes Sud, 1985, 231 págs.

⁵ Indiqué citas indirectas del romancero, de Góngora, y abundantes de Vélez de Guevara cuyo *Diablo cojuelo* es copiosamente utilizado por Gracián, su crisi VII debiendo bastante al Tranco VII, episodio sevillano, etc.

⁶ Alain Milhou, “Le temps et l’espace dans le *Criticón*”, *Bulletin Hispanique*, vol. 89, n° 1-4, Bordeaux (1987), págs. 153-226.

⁷ El intriguante duque de Orléans, que si bien era

un « discreto » por su cultura y refinamiento, tenía pocas dotes morales. En 1634, concluyó un tratado secreto con España contra su hermano Luis XIII, conspirando constantemente contra él y Richelieu, luego, contra la reina española Ana de Austria, sin vacilar en denunciar y abandonar sus cómplices y amigos que obraban por él, pereciendo cuatro de ellos en el cadalso. Derrotó a los españoles en Gravelines en 1644. Hombre de gusto, solía visitar el convento de Port-Royal que estaba muy de moda y se enamoró locamente y vanamente de la bella Marie de Mantova de Gonzague Nevers, que residía como otras tantas grandes damas en el convento muy mundano, la que se había de casar con dos reyes de Polonia, el segundo Juan Casimiro, que primero fue jesuita, de quien hablaré más abajo.

Entonces, en la misma crisis, el tema del Gerión moral, hallado en Cataluña (II, III), símbolo de la amistad, tres en un solo cuerpo: ¿serán Lastanosa, Filhol y Gaston de Orléans, por aquel entonces posiblemente en Cataluña? o ¿podemos también pensar en un trío Lastanosa, Gracián y Nochera?

b) Otras notas

Una para recalcar lo que me parece significativo de ese modo graciano de usar de ecos textuales desde lejos. En la crisis de “La cárcel del oro y calabozo de plata” (II, III), un “Nerón sincopado” (= ‘no’) niega la entrada a los peregrinos a una casa que se puede suponer, pues, en mi opinión, como la famosa “Casa de Oro” de Nerón, lo que justifica el contexto de la “Cárcel de oro” y que parece confirmado... por el principio de la crisis siguiente en que se mencionan “los palacios dorados de Nerón.”

En la misma crisis del *Museo del Discreto* (II, IV) me parece haber una alusión desapercibida al *Polifemo* de Góngora. La ninfa de la poesía presenta a los peregrinos varios instrumentos muy refinados, simbólicos de poetas famosos, y llega a uno muy rústico y molesto:

“Resonaba mucho y embarazaba a muchos un instrumento que *unieron cañamo y cera*. Parecía órgano por lo desigual y era compuesto de las cañas de Siringa originadas en la más fértil vega.”

Aunque esa vega fértil sea Lope, despreciado por Gracián, el instrumento horri-sono parece el del cíclope de Góngora:

“*Cera y cañamo unió* –que no debira-;
de más eco *que unió cañamo y cera*” (*Polifemo*, estrofa 9, subrayados míos).

Al principio de la crisis II, VI, Dios, al cumplimentar la petición de la mujer de ser bella, dice: “*Fata* la gracia.”

Algunos comentaristas traducen este italianismo por ‘hecha’, notando que, en italiano correcto, se escribiría “*fatta*”. Yo opino que Gracián, con esa seudo falta, puede jugar, primero, con aquella sentencia divina de “*Fiat lux*” pero, sobre todo, me parece que nuestro autor jugueteó, al escribir “*fata*”, piensa en su sentido exacto italiano de ‘hada’, ya que el hada, la *fata*, es mujer fatídica, buena y mala, instrumento del *fatum*, del hado, del *fado* para los portugueses, lo que conviene al concepto que Gracián tiene de la mujer.

En la crisis II, X de “*Virtelia encantada*”, en cuyos aspectos religiosos no vuelvo me parece traslucirse una referencia a san Juan de la Cruz, cuyas obras corrían en manuscrito. En efecto, en el segundo párrafo del epígrafe marginal “*Triunfo de la humildad*”, nos dice: “Ejecutáronlo tan felizmente, que *sin saber cómo ni por dónde; sin ser vistos ni oídos*, se hallaron dentro del encantado palacio con realidades de cielo. Apenas (digo, a glorias) estuvieron dentro cuando, cuando sintieron embargar todos

sus sentidos de bellísimos empleos en folla de fruición, confortando el corazón y elevando los espíritus, etc”.

Con evidencia, puedo repetir lo que ya dije, que los dos peregrinos son elevados al rango de ángeles (precisado un poco más lejos) en un raptó extático. Pero lo subrayado por mí bien parece un recuerdo del poeta carmelita, una huella incluso en el corte octosilábico, en particular su poema IX, *Coplas hechas sobre un éxtasis de harta contemplación*:

*Entréme donde no supe
Y quedéme no sabiendo [...]
Yo no supe donde entraba,
Pero cuando allí me vi
Sin saber donde estaba
Grandes cosas entendí.*

También hay como ecos del poema V de la *Noche oscura* que tiene estas expresiones: “salí sin ser notada”, “en secreto que nadie me veía”, etc.

El equipo de *Criticón*, en la crisis II, VIII, supone una errata en el epígrafe “Palacio del alma” que, efectivamente, no corresponde al texto cotejado. Tal vez convendría esta mención en ésta como “morada” teresiana de Virtelia en que se hallan ahora los dos peregrinos que terminan en el cielo “coronados de estelas”.

Y tras esta extraña y a veces poética crisis que suena a mística,⁸ pasemos al realismo político religioso: o la religión al servicio del poder terrestre.

2. EL PARADIGMA CONTRARREFORMISTA JESUÍTICO

a) “Católicos unicornios”

La verdad es que esa veta religiosa ortodoxa no parece en la Primera parte del *Criticón*, a no ser que se dé por sentado que los episodios españoles ocurren en una nación ya “purificada” por los “salutíferos unicornios” como indica esta opinión de Salastano Lastanosa en la crisis II de la Segunda Parte:

“el rey Católico don Fernando, ¿no purificó España de moros y de judíos, siendo hoy el reino más católico que reconoce la Iglesia? El rey don Felipe el Dichoso, porque bueno, ¿no purgó otra vez España del veneno de los moriscos en nuestros días? No fueron éstos salutíferos unicornios?”

Descartando la ambigua intención de otros monarcas aludidos por Critilo (franceses en particular) que también lucharon contra los “mil géneros de monstruos-

⁸ Véase mi *Éthique et esthétique du baroque*, op. cit., II, cap. II, 1, “Virtelia encantada”, pp. 123-130.

dades” ocasionadas por los “ateísmos” y las “herejías”, Balboa, un ilustre invitado de Salastano, alabando a Fernando el español y a Ferdinando el austriaco, concluye:

“No os canséis, que esa pureza de fe sin consentir mezcla, sin sufrir un átomo de veneno infiel, creedme que es felicidad de los estados de la casa de España y de Austria, debida a sus coronados unicornios.”

Entonces, otra vez vuelvo a la geografía para subrayar que el recorrido por los viajeros de la vida del Pirineo a Polonia, pasando por Alemania para llegar a Roma “entrada católica del cielo”, es una línea marcadamente ideológica, católica, con precisos fondos jesuíticos. Efectivamente, desde la primera crisis de la Segunda Parte, estando los viajeros “en lo más eminente de aquel puerto de la varonil edad”, pueden señorear con todos los ojos de Argos el futuro del viaje (anuncio de los episodios por venir). Andrenio se maravilla de un “brillante alcázar”, “fuente de lucimiento”, “de permanente esplendor” supone primero que es del “augusto Fernando Tercero, que está hoy esparciendo por todo el orbe el resplandor de sus ejemplar.”

b) Fernando III de Habsburgo

Veamos los méritos que podía tener ese monarca en ojos de nuestro jesuita Baltasar aun disfrazo de Lorenzo.

Fernando III de Habsburgo (1606-1657), emperador del Santo Imperio, alumno de los jesuitas, con su primo español el Cardenal-Infante, don Fernando venció a los Suecos luteranos aliados a los franceses en Norlinga (1634) durante la Guerra de Treinta Años. Consagró sus estados a la Virgen María a la que hizo *Generalísima* de sus ejércitos; impuso en 1652 la Reforma católica en Baja-Austria, reconociendo a los nobles luteranos solos la “libertad de conciencia” pero sin libertad de culto. Casado con la española María (a veces llamada también María Ana)⁹ de Austria en 1631, a cuya comitiva quiso unirse Critilo en Madrid para ir en busca de Felisinda que ya se había marchado con el embajador de España, seguramente para preparar el matrimonio.

c) Rey de Polonia (II, II)

A continuación, propone otra hipótesis sobre el luminoso alcázar: “podría ser de aquel tan valerosamente religioso monarca, Juan Casimiro de Polonia, vitorioso primero de sí mismo y triunfante después de tanto monstruo rebelde.”

Abdicó este monarca (triunfo sobre sí mismo), se hizo jesuita, y volvió al trono a petición de los polacos (otro triunfo contra su vocación religiosa). Romera ya apuntó esos elementos, pero vuelvo a hablar de él más abajo de lo desapercibido respecto a él.

Argos aclara: ese palacio de luz es el de Virtelia, la virtud: “Por ahí habéis de encaminaros para ir bien”. Ese palacio luminoso se levanta al este de Europa, donde también sale el sol, tierra de fe y misión católica de los jesuitas: Polonia, pues,

⁹ Se le llama Mariana de Austria fuera de España pero éste fue también el nombre de su hija

que se casó con Felipe IV en 1647, su propio tío, pues.

y Alemania que nuestros peregrinos alcanzarán en la crisis X de la Segunda Parte, justamente “Virtelia encantada”.

d) “Trono del Mando” (II, XII)

No repito aquí todo el sentido católico de esta crisis tan doctrinal que demostré ya en trabajos anteriores y saltamos al “Trono del mando” en que vamos a volver a encontrar a Fernando III de Alemania y Juan Casimiro de Polonia

El apólogo inicial consiste en una disputa entre Artes y Ciencia del que dicen en la revista *Criticón*, con cita textual:

N, 346; CC, 253, 16. *Y quien quisiere mandar, platique aquel importante aforismo: Qui vult regnare, scribat, quien quiere reinar, escriba.*

“Es muy tenue la relación entre el apólogo inicial, que termina con estas palabras y lo que sigue de la crisis: lo único que tienen en común son las palabras “mandar” y “reinar”, [...] ; pero estas dos palabras, que aparecen inesperadamente al final del introito, no encajan bien con el contenido del apólogo (dedicado a la jerarquía de las Artes y las Ciencias), de manera que la relación entre las dos partes de la crisis parece algo artificial y forzada.”

Disiento porque pasan por alto esos estudiosos que, en esa disputa se “hace la salva a la sagrada Teología” que no entra en la competencia porque “fuere indecencia adocencarla”. Está, pues, por encima de todo y con esos dos monarcas ultra religiosos mencionados no está marginada, sino que se cierne sobre el episodio. Le coherencia sale de la actualidad religiosa de aquella época, olvidada por los comentaristas.

e) Carta(s)

Aclaremos lo de la carta que parece intrusa a los estudiosos de Toulouse. No lo es, respecto a la historia de Polonia y del Santo Imperio germánico.

Ya en 1573, el que no era aun Enrique III de Francia, para ser elegido por la Dieta polaca rey de Polonia en 1573, firmó una como *Magna Carta*, la *Pacta Conventa* (*Articles du Roi Henry*) que estipulaba los derechos y deberes entre el rey y sus súbditos. Esta carta se impuso a partir de ahí a todos los soberanos polaco-lituanienses y en Croacia. Carta pues para reinar.

Años más tarde, el emperador Rodolfo de Habsburgo, para contrarrestar las intrigas de su hermano Matías que pretendía al trono de Bohemia, concedió en 1609, una famosa *Carta de Majestad* de tolerancia religiosa para los protestantes. Carta para reinar en paz. Pero la intransigencia católica de su sucesor Fernando II, alumno de los jesuitas, quien declaraba que, a no ser rey, hubiera ingresado en la Compañía de Jesús,¹⁰ opuso otra *Carta*, negativa, a la petición de convocación de la Dieta de

¹⁰ Sobre su admiración por los jesuitas, enemigos acérrimos de la herejía, véase mi libro *Le fil perdu du Criticón*, *op. cit.*, p. 216.

protestantes de Praga, desencadenando la terrible Guerra de los Treinta Años, revocando además la tolerante *Carta de Majestad*.

f) «Corte de cortes» «imperial ciudad»

Siguiendo mi propuesta de que se tratase de la Dieta donde se elegía al emperador, y escogiendo Viena de la alternativa con Ratisbona, más probable, que yo proponía para la localización, el equipo de *Criticón* optó por la primera ciudad, achacando una contradicción o descuido a Gracián porque se intercala ahí un episodio “polaco”:¹¹

“RN, 360; CC, 263, 3. *El mayor favor será guiarnos a casa de aquel ínclito marqués embajador de España*. Se confirma pues que, a pesar del *largo paréntesis polaco* (desaparición del rey que, después de ser hallado, se niega a volver a reinar; elección de un nuevo rey que vacila mucho tiempo antes de aceptar; desfile triunfal para celebrar al nuevo monarca), los peregrinos no han salido de la corte imperial: *por más vueltas que se le dé, hay una contradicción en el relato*.” [subrayados míos].

No hay contradicción en Gracián si une la elección alemana a la polaca en una misma crisis si no se olvida que en la II, II, los dos monarcas, el alemán y el polaco, ya venían unidos y alabados en su mismo fervor religioso: es más bien una condensación de dos lugares en uno como se emparejan ambos monarcas elegidos por su ferviente religiosidad jesuítica. Además, hay que olvidarse de Viena como “Corte de cortes” como opinan los colaboradores de *Criticón*, pues el imperio no tenía capital fija, siendo Ratisbona sede de la Dieta imperial donde se elegía a los emperadores del Santo Imperio germánico de 1594 a 1654, época pues de la novela de Gracián, antes de ser definitivamente *Dieta permanente del Imperio* en 1663 hasta 1806 en que la disolvió Napoleón. Además, como ya lo señalaba en mi tesis,¹² Ratisbona tenía un fuerte simbolismo jesuítico, ya que en la Dieta convocada en esa ciudad por el Emperador Carlos Quinto en 1541 para conciliar las tesis enfrentadas entre protestantes y católicos, el famoso jesuita Bobadilla, tuvo un éxito clamoroso defendiendo el catolicismo, publicando ahí mismo su *Doctrina christiana* que le valió el honor de

¹¹ RN, 355; CC, 259, 30. *Trataron de elegir otro (que debía ser en Polonia)*; Sorprendente paréntesis! Se nos ha dicho al principio de la crisis que los dos peregrinos habían llegado a la “Corte de cortes”, a la “imperial ciudad” donde reside “el ínclito, justo y valeroso Fernando Augusto” (Fernando III de Alemania) y donde esperan hallar “su buscada prenda y término de su felicidad deseada” (Felisinda), y cuando esperábamos que el narrador pronunciara el nombre de Viena, nos traslada de repente a Polonia. Ya sabemos, y lo hemos advertido en las notas a la primera parte, que son frecuentes esos pasos de la narración a

la alegoría, de una geografía concreta a otra simbólica, pero éste es tan inesperado que despista al lector. Podría ser que este efecto de sorpresa se deba a una simple errata, y que donde dice “que debía ser en Polonia” se haya de leer “que debía de ser *como* en Polonia” (donde en efecto, como lo advierte RN, la monarquía era electiva). A menos que se trate de otra inadvertencia de Gracián, debida a la prisa con que parece, como lo hemos sugerido ya, haber redactado los últimos capítulos de esta segunda parte.

¹² *Le fil perdu* du *Criticón*, *op. cit.*, p. 145.

ser nombrado teólogo de la nueva Dieta en 1543 por Fernando I^o de Austria y no poco protagonismo en el próximo Concilio de Trento abierto por el papa Paulo III dos años más tarde.

g) *Elección*

En esta crisis, se trata efectivamente de “votos”, de “elección”, de intrigas políticas para ello, etc. Escriben en la revista *Criticón*:

“RN, 348; CC, 254, 34. *Por favor, más que por elección*. Debe de haber alguna alusión política en la palabra *elección*, con la que Gracián parece querer sugerir ciertos tejemanejes de la Dieta Imperial en el momento de la paz de Westfalia (1648) o poco después. Esta impresión se confirma al leer, al final del mismo párrafo, que “estaba votando uno”, alusión que los lectores contemporáneos comprenderían sin duda al encontrar la explicación tres líneas más adelante: “Echa votos por los que le han faltado”. Lamentamos no poder dar ninguna aclaración sobre este punto.”

Claro que hay “alusión política en la palabra *elección*”, ya que Fernando II, padre del alabado III^o, no pocos problemas tuvo en la suya, negándole el título en la primera elección, con la afrenta de tener que repetir su candidatura. Y pasemos a lo que justifica el “episodio polaco”, Polonia siendo también una monarquía electiva como lo hacía constar, sin más aclaración sobre el episodio, Romera-Navarro.

h) *“Príncipe de estrella”; “Rey de sí mismo”*

Esos son epígrafes marginales de Gracián que me parecen aclaradores del texto siguiente:

Llegaron [...] en ocasión en que todos andaban turbados y la corte alborotada por haber desaparecido uno de los mayores monarcas de Europa y habiéndolo buscado por todas partes, no lo podían descubrir.

Para mí, es una alusión a ese ya alabado (en II, II) monarca polaco, Juan II Casimiro o, por otro nombre, Juan-Casimiro V Vasa (1609-1672). Viajando hacia España, de la cual era aliado, fue arrestado en Francia y encarcelado durante dos años (1638-1640). Liberado, abandonó el poder e ingresó en los jesuitas. Luego, fue nombrado cardenal antes de ser otra vez elegido rey de Polonia a petición de los polacos en 1649 a pesar de su marcada repugnancia por el mando. Renunció a la corona de Suecia, cedió la Livonia, sus derechos al ducado de Prusia. Obtuvo dispensa papal para casarse con su cuñada, la bella y piadosa Marie-Louise de Gonzague-Nevers, -educada en Port-Royal y pretendida por Gastón de Orléans- y, al morir ésta, abdicó otra vez en 1667. Se retiró en la abadía de Saint-Germain-des-Prés de París, con cargo de abad y también de Saint-Martin de Nevers donde murió.

Pues, un rey exactamente de sí mismo, con marcada vocación religiosa y despego el poder real que explica, en mi opinión, que Gracián sitúe con toda probabilidad en Polonia el simbólico alcázar de Virtelia. Sin olvidar que venció también a luteranos, turcos y rusos ortodoxos: un unicornio a todas luces virtelianas salutífero en el concepto de nuestro jesuita.

i) Cuñados

Terminemos este rápido recorrido jesuítico reformista del *Criticón*, con otra nota que revela también otro despiste de los estudiosos de la revista de mismo nombre:

“RN, 350; CC, 256, 12. [*Ob lo que vale aquí una onza de pía afición [...] Sobre todo un pariente, aunque sea cuñado.*] Es sin duda otra alusión política, que los lectores de la época entenderían mejor que nosotros. El caso del duque de Lancáster, cuñado de Enrique VI de Inglaterra, en que piensa RN, es demasiado antiguo para encajar en esta frase, que huele a actualidad.”

Efectivamente. Pero extraña en que no hayan pensado en tres cuñados que eran totalmente de actualidad por aquellos años de Gracián y que son: Felipe IV, casado con Isabel de Borbón, hija de Enrique IV de Francia y a raíz del famoso doble matrimonio franco-español de 1615, Louis XIII, con Ana de Austria, hermana de Felipe y siendo el tercero Fernando III, casado con María de Austria, hermana de Felipe IV y de Ana. A pesar de las disensiones de política exterior entre estos reyes cuñados con motivo de la Guerra de los Treinta Años, por la “onza de pía afición” tan militante y militar en Gracián, tuvieron también la obligación política de luchar contra los protestantes, Luís XIII y Fernando en el interior de sus propios reinos, Felipe en sus posesiones de Flandes, si bien el monarca francés y su ministro Richelieu favorecieron a los luteranos contra los Austrias. Recordando esos alusivos vínculos familiares, Gracián evoca políticamente, pues, en mi opinión, una urgente solidaridad católica familiar necesaria frente a la fragmentación religiosa que aun sigue amenazando Europa a pesar de los recién firmados Tratados de Münster (1648), ya que España seguirá luchando hasta la Paz de los Pirineos (1659).

Y cuando al final de este episodio tan ortodoxo los dos peregrinos que iban en busca de Felisinda que se suponía en casa del embajador de España, se enteran de que “ya no asistía en la corte imperial sino en la romana, con negocios de extraordinaria grandeza” (II, XIII), me parece lícito recordar lo que ya dije en 1982 en mi tesis doctoral que esa misión extraordinaria del embajador era conseguir una condena papal de las proposiciones del *l'Augustinus* de Jansenio quien, no se debe olvidar, era súbdito del rey de España, ante el cual tuvo que justificarse dos veces en la propia península.

3. ENRIQUES DE FRANCIA

Resulta pues, en el *Criticón*, una lógica y firme línea religiosa y política católica que ya resalté tanto en mi tesis doctoral como en diversos libros, lo que permite también descartar una nota repetida por todos los comentaristas del *Criticón* respecto a Enrique IV de Francia.

A) *ENRIQUE III*

Pero primero, resaltemos otro error de Romera-Navarro repercutido en todos los comentaristas, que ni corrigen los franceses de la revista *Criticón*. En efecto, en la crisis III, IV, *El mundo descifrado*, tras una clara alusión al conflicto entre Felipe II y el infante don Carlos, Romera (III, 135) a la frase

“el dejamiento y remisión [...] ocasionó más muertes de señores que la misma crueldad, que eso nació de bondad y de clemencia”,

pone por nota que se refiere tal vez a Enrique III de Francia en la noche de la San Bartolomé. Lo que es totalmente imposible, ya que en el momento de esa matanza de los protestantes a partir del palacio real del Louvre,¹³ la noche del 24 de agosto de 1572, reinaba su hermano Carlos IX (1550-1574) y no él, que le sucede tras un episodio polaco en que fue elegido rey de Polonia por la Dieta (1573) de lo que ya hablé más arriba.

Enrique III de Valois (1551-1589) no fue, entonces, el rey partícipe de la San Bartolomé, sino asesinado como lo evocará de manera transparente Gracián adelante, matado por una cuchillada de un monje dominico a instigación de la Liga católica, Jacques Clément, ‘clemente’ por apellido y tal vez “agudeza nominal”, al cual, tal vez sí aluda esa “clemencia”, coartada del regicidio, “el dejamiento y remisión” pudiendo apuntar a las costumbres relajadas de un rey que pasaba por homosexual, conocido por sus extravagancias propias y la de sus cortesanos próximos llamados los “mignons” (sodomitas elegantes). El motivo del asesinato de este rey tan católico fue que acosado entre protestantes y el bando ultra-católico, hizo asesinar por sus “mignons”, casi ante sus ojos, al famoso y peligroso por sus ambiciones Enrique de Guisa, jefe de la Liga, sostenida por España, Felipe II ambicionando de meter a su hija Isabel Clara Eugenia, que tuvo de Isabel de Valois, hermana del rey francés, sobre el trono de Francia.

B) *ENRIQUE IV*

Siguiendo con los Enriques de Francia, digamos, primero, que Gracián, siempre ensalza a este rey, primero de Navarra y protestante que, tras el asesinato de su cuñado Enrique III (con quien se reconciliara frente al peligro español), para subir al trono vacante de Francia, se convirtió sensacionalmente al catolicismo,¹⁴ gran triunfo

¹³ Gracián la evoca en II, II, justamente cuando los « católicos unicornios » y claramente en II, I al habla del « Lobero », el Louvre, donde se

tendió trampa a los lobos hugonotes.

¹⁴ Con la famosa y cínica frase: “Paris vaut bien une messe” (“París bien vale una misa”).

ejemplar, pues, de la catolicidad. Por congraciarse a nuestro Gracián, también tenía otro particular poco conocido en España: rey de Francia y católico, Enrique IV escogió a un confesor jesuita, el padre Coton, que se hizo famoso por la anécdota siguiente: el rey guerrero, muy rústico y hasta grosero, que nada tenía de un refinado discreto, solía echar votos, el más usado por él siendo “Jarnidieu!” que, con su acento vasco significaba “Je renie Dieu”, ‘reniego de Dios’. Escandalizado, el director de conciencia jesuita propuso al rey, que no podía dejar de soltar tacos, que lo cambiara por el eufemismo de “Jarnicoton”, ‘reniego de Coton’.

Pues nuestro jesuita, no sólo siempre le tributa constantes elogios a Enrique IV sino a su esposa Margarita de Valois, conocida por su vida escandalosa que parece pasar por alto Gracián, que pone por las nubes sus famosas *Memorias* por las cuales conocería lo relativo a esos Enriques. La admiración subrayada por Enrique IV lo lleva también a elogiar con la misma constancia en su obra a su historiador Pierre Matthieu. Así que extraña que los comentaristas del *Criticón*, siguiendo todos a Romera-Navarro, opinen que Gracián apunte a este monarca ejemplar en la crisis de “La Rueda del Tiempo” (III, X) cuando escribe en el siguiente diálogo cuando los héroes ven el pasado y el porvenir:

- ¿Qué ves hacia Inglaterra?
- Que lo que obró un Enrico *ejecuta otro peor*, que si ya degollaron una reina Estuarda, hoy su nieto Carlos Estuardo. Veo en Francia que matan un Enrico y otro Enrico” [subrayado mío].

Claro está que hay dos oraciones distintas, correspondiendo explícitamente la primera a Inglaterra, la segunda a Francia. En el primer caso, de Inglaterra, se trata evidentemente de Enrique VIII, tantas veces mencionado o aludido por Gracián, y reiteradamente condenado por su ruptura con Roma, pecado original del cual surgen las demás “monstruosidades de la herejía” como escribe en otra parte. Pese a ello, los comentaristas a la una, siguiendo a Romera, explican “ejecuta otro peor” añadiendo que se trata de Enrique IV de Francia, jefe de los hugonotes, siendo ya este aserto impreciso puesto que si bien Enrique de Navarra fue líder de los hugonotes, ya no lo era al ser consagrado Enrique IV de Francia, católico. También sería contradictorio con todo el incienso hasta ahí propinado a ese rey opuesto a Enrique VIII de Inglaterra que pasó del catolicismo al protestantismo mientras el Enrique francés pasó del protestantismo al catolicismo, siendo además padre de la venerada reina Isabel de Borbón, esposa de Felipe IV.

Además, la frase que sigue pasa esta vez a Francia, con facilidad para poner números a estos Enriques, el III y el IV, ambos asesinados. Lo que condena en ambas frases nuestro político jesuita, que no es Mariana, es el regicidio. Y casi a las claras, en la sentencia sobre Inglaterra, “lo peor” a la ruptura con Roma, tras el degüello de María Estuarda la católica por Isabel la protestante, es el de Carlos Estuardo, que había prohibido la Biblia calvinista, sospechado y acusado de querer volver solapadamente al catolicismo bajo la influencia de su esposa Enriqueta de Francia, justa-

mente hija de Enrique IV: el “*otro peor*” que lo ejecuta en 1649 es, pues, el puritano Olivero Cromwell.

Gracián se muestra muy severo con los dos monarcas ingleses, y no le perdona a Carlos I su ambigüedad religiosa. En la última crisis de la novela, ambos monarcas ingleses naufragan en su intento de llegar a la “Isla de la Inmoralidad” y nuestro jesuita contra-reformista recalca su pensamiento, señalando los navíos que encallan

en algún bajío de su eterna infamia. Así le sucedió a un navío inglés, y aun se dijo que era la real del octavo de sus Enricos que [...] después de haber conseguido el glorioso renombre de Defensor de la Iglesia Católica, topó con la torpeza y se fue a pique en la herejía con todo aquel su desdichado reino.[...] pero el más infeliz [de los bajeles ingleses] fue el de Carlos Estuardo, en quien se ostentó la monstruosidad de la herejía, en él muriendo a ciegas, en los suyos degollándole ciegos. De tal suerte, que quedó en duda cual fuese mayor barbaridad, la de ellos en degollar a su rey, sin ejemplar de la más bárbara fiereza; en él de no confesarse católico.[...] perdió ambas vidas, perdió ambas coronas, la temporal y la eterna, y pudiendo immortalizarse fácilmente declarándose católico, murió de todas maneras: de suerte que los herejes lo degollaron y los católicos no le aplaudieron.

Pues todo lo contrario de Enrique IV y de los monarcas polacos y austriacos.

III. CONCLUSIÓN

Estas notas confirman, parece claro, el substrato ideológico religioso, jesuítico militante y militar, que en mis trabajos, desde hace ya tantos años, puse de manifiesto en la obra de este jesuita (lo que no me perdonaron otros al ver que yo puse en claro un Gracián más íntimamente jesuita que lo que pensaban los mismos, probando incluso que “El Yermo de Hipocrinda” no podía ser un panfleto contra la Compañía). Lo nuevo que noto en esta relectura, es que esa línea directora se afirma, y fuertemente, al parecer sólo a partir de la Segunda Parte, y desde el primer capítulo, con marcada solemnidad en el II en boca de Salastano, el amigo Lastanosa. No por nada sería.

Hay una cumbre doctrinal de moral personal más que de política religiosa, en “Virtelia encantada” (II, X), volviendo lo político fuertemente en “El trono del mando” (II, XI) con la evocación de monarcas contra-reformistas ya mencionados en II, I y II, II, culminando y convergiendo, evidentemente, en el final de la obra en Roma, “entrada católica del cielo” y las prédicas contra los monarcas herejes de la crisis final (III, XII).

Entonces, se plantea el problema siguiente: la lógica del itinerario de los dos peregrinos a partir de la Segunda Parte, ¿justifica la lógica religiosa a partir de la hipocresía francesa, de la ambigüedad jansenista, del recorrido de tierras protestan-

tes de misión católica antes de llegar al triunfo romano? ¿O se puede pensar que Gracián, acosado por sus enemigos desde la Primera Parte, que le reprochaban que Critilo hiciera caso omiso de la religión en la educación de Andrenio, diera marcados testimonios de ortodoxia para aplacarlos? El caso es que, entre estas dos Partes tan evidentemente sumisas ideológicamente a la Compañía de Jesús aunque Baltasar disfrazado de Lorenzo no acate la debida obediencia, Baltasar sin disfraz publica su único libro religioso abiertamente, *El Comulgatorio*. No es fácil zanjar aunque la lógica textual, que recorta la geográfica, no deja mucho lugar a dudas sobre la perfecta ortodoxia de nuestro jesuita, más indócil que díscolo.

Bien sé que así se esfuma la ilusión romántica y novelesca, aun cultivada por algunos, de un Gracián anticonformista religiosamente, abierta o solapadamente, pero responde esto al menos, a la verdad textual. No sin razón se quejaba el jesuita de sus “padrastrós” que ni entendieron “el asunto ni el intento” de su *Criticón*. Pero tal vez tuvo algo la culpa su propia ambigüedad.